

OK

LO QUE HAY DETRÁS DE "LA MUERTE".

Emilio S. Belaval

12/BB  
al cent

12/BB  
11/24

Por ser la muerte asunto poco llamativo para el hombre moderno, no es de extrañarse que una comedia sobre la muerte, se considere en nuestros días, algo parecido a un embeleco de la fantasía. Mi propósito al escribir esta comedia, no fué adiestrar mi fantasía sino contrastar la idea clásica de la muerte con las ciencias estructurales del vitalismo contemporáneo. Si tuve algún interés por adivinar como se comportaría la muerte al saberse protagonista, no menos curiosidad tenía de observar como se descompondrían las actitudes vitales ante esta misteriosa mensajera del tiempo que siempre acude a la cita. La sociedad humana vive hoy en un sospechoso delirio vital, de espaldas a la muerte. Nadie quiere pensar que la muerte es lo único que le da sentido a la vida.

Escogido este delirio colectivo como radical dramática, pronto hube de percatarme, que los personajes de esta comedia tendrían que ser irremediabilmente unos tipos inexistenciales, un poco absurdos, incapaces de sucumbir al terror, a las neurosis sistemáticas o al existencialismo. Cavilando montado en una hila decidí rebuscar en el melodrama los personajes que necesitaba.

Hace mucho tiempo que albergamos la sospecha que la vida se encuentra bajo el dominio del melodrama. El melodrama es un espacio vacío, bastante lógico cuando los personajes tienen que aparecer y desaparecer sin ulterior motivación. Tal vez el melodrama sea lo único auténticamente trágico que nos queda. Es algo parecido a la bomba lacrimógena: un pequeño terror amoroso que nos obliga a huir, pero con los ojos cuajados de lágrimas. Encontré en el repertorio fisonómico del melodrama tipos de una admirable consistencia inexistencial. Ese es el secreto de su pervivencia. Son unos entes espectrales, medio hundidos entre el cocodrilo y el lucero, linfáticos y rutilantes.

Por miedo a revivir sus mitos sanguinarios decidí cambiarles las máscaras con que la gente se ha acostumbrado a contemplarlos. Lo usual en el melodrama es que una novia rica aborrezca a su prometido, una jamona se olvide de la fecha de su nacimiento, un sacerdote no tenga fe en la razón, un militar sólo crea en su espada, un hotelista no sueñe con meterse a huésped, un funerario no tenga sentido pictórico de la muerte, un poeta confíe en la poesía, un erudito no se convierta en cocinero, un profesor no dude de su sabiduría y un dramaturgo disloque los objetivos dentro del juicio. Para sorpresa mía

descubrí que cuando estos entes melodramáticos cambian de máscaras, lo que reaparece ante nuestros ojos es la humanidad. Si esto es así, el triunfo del melodrama sobre la vida es haber obligado a los esencialistas a cambiar de máscaras. A lo mejor resulta que toda la ciencia dramática, desde la tragedia griega hasta nuestros días, no ha hecho otra cosa que cambiar de máscaras. No hay mas que pensar en la extrema irrealidad que caracteriza al teatro realista de nuestro siglo.

Mas en el teatro no basta poblar el espacio con unas máscaras trastornadas. Hay un personaje aviático, átono, esqueleto transparente de la dramaturgia, que ondula sobre el palco escénico con el halo irresoluto con que ondularía un fuego fatuo sobre un pantano. Su oficio es desdibujar las figuras, volatizar las imágenes, adelgazar las palabras para que todo revierta al lecho simbólico donde yace el mito. Tiene concha de tortuga y alas de hipogrifo. Es el tiempo; una forma trémula apresada por los dedos sutiles del viejo Herodoto. La lucha del dramaturgo de hoy tiene que ser contra esta medida arbitraria que mantiene al teatro caminando a paso de tortuga o volando con alas de león. Sin embargo, buen cuidado tuve de no perturbar más de lo

necesario, el canon que considera al tiempo dramático unido al destino precario de la pauta rítmica, como si todavía tuviera que circular por el teatro el coro de los ancianos o la danza de las bacantes. Mas por venganza que por ánimo de reforma, obligué al tiempo a improvisarle pequeñas biografías a unos seres que no admiten otro trato que la sobrenaturalidad.

Después de todo yo andaba en busca de un domicilio decoroso para mi "muerte", dama de escasa biografía que apenas necesita del tiempo. Buscándole me topé con un pantano diseñado para un juego mágico: un fin de siècle europeo, mortecino, banal, recién excavado por la furia bélica de un poeta. Era el último rincón del mundo dispuesto a morir con cualquier protagonista, el único tiempo capaz de cabalgar en las ancas de la muerte.

Yo afirmo haber planeado una obra muy seria, aunque parezca cosa de relajo. Si en la cara de alguno de ustedes llega a aflorar una sonrisa, el único que tendrá que salir llorando, seré yo.

EMILIO S. BELAVAL